

EL SEÑOR DEL ARCO IRIS

A Carlos le encantaba ir al colegio. En clase lo pasaba bien, en el recreo se divertía de lo lindo, y encimacuando salía, pensaba en lo afortunado que era por tener la playa tan cerquita y poder jugar un ratito con los amigos, antes de ir a casa a hacer los deberes.

Y ¡qué bonito era contemplar el agua del mar!, tan azul..... y darse un baño cuando hacía bueno..... y buscar caracolas.... y volar la cometa..... Era sin duda su lugar preferido, pero sabía que todo esto se iba a acabar ese día en cuanto llegara a casa y le entregase la nota que le había dado la profesora para sus padres y que decía: "Carlos se ha dejado hoy también las pinturas en casa y no ha coloreado el dibujo".

De camino a casa iba pensando la que se le venía encima. Sabía que le iban a castigar sin salir, no iría a jugar al fútbol los fines de semana y ademástendría que barrer el jardín, sacar la basura todas las noches..... y sobre todo, tampoco podría ir a la playa. Eso era lo que más le dolía.... y todo por las dichas pinturas y por la manía que tienen los profesores de colorear todo lo habido y por haber. Además, los dibujos como mejor estaban era en blanco y negro; así cada uno en su cabeza podía ponerles el color que quisiera.

Carlos intentaba convencerse de que él tenía razón y no había ningún motivo para pintar las montañas verdes o marrones, cuando podían ser rojas; ni tampoco la luna o el sol tenían por qué ser amarillos.

Cuando llegó a su casa, no se sorprendió por el enfado de sus padres cuando enseñó la nota de la profesora. Sabía que le iban a castigar y aunque no estaba de acuerdo, se calló mientras su madre le echaba la bronca y le decía todas las tareas que tendría que hacer al día siguiente, así que sin atreverse a abrir la boca, subió a su habitación, se puso el pijama y se metió en la cama.

-¡Bueno!, aunque mañana no pueda ir a jugar al fútbol, al menos aprovecharé para dormir. Cerró los ojos y sin darle tiempo a más, se quedó dormido como una marmota. Pasaron las horas y Carlos seguía dormido, hasta que de repente, se despertó al oír un montón de ruidos: su madre gritaba, su hermana Sandra lloraba, y en la calle se oía un gran barullo. Al abrir los ojos..... las paredes de su habitación eran totalmente blancas, los cuadros habían perdido el color y todo parecía como si lo hubieran sacado de uno de sus dibujos.

Se levantó todo lo deprisa que pudo y se asomó por la ventana para ver qué era todo aquel jaleo: ¡Madre mía!... vaya cisco se había preparado. ¡No había colores!. Los vecinos estaban en la calle sin saber lo que pasaba, los coches se habían quedado atascados y como los semáforos no lucían, no sabían muy bien si tenían que parar o seguir circulando. Y por si fuera poco, el pobre Alcalde andaba loco porque no sabía qué decir a los vecinos, ni siquiera él lo sabía.

Carlos seguía observando desde la ventana. Le parecía un tanto divertido y como todos estaban tan ocupados intentando averiguar lo que pasaba, pensó que era el momento justo para escaparse a la playa. Con todo el jaleo, sus padres no se enterarían y además sólo iba a ser un ratito, así que cogió su bici y se fue. Mientras pedaleaba se iba fijando en las calles, en las casas, en el sol, en las nubes.... Todo estaba igual: solo había líneas, de los colores ... ni rastro.

Cuando llegó a la playa, el asunto ya no le pareció tan divertido: no había mar. Era como uno de esos dibujos que él hacía en clase lleno de figuras, pero sin colores. Se quedó pensativo y decidió volver a casa.

Nada había cambiado. Todo seguía igual y a la hora de cenar el tema de conversación seguía siendo el mismo: nadie se explicaba que era lo que pasaba. ¿Dónde estaban los colores?

Así paso un día.... y otro....y otro.....y Carlos iba a la playa un día.... y otro... y otro Cada vez estaba más preocupado, porque los colores seguían sin volver y además lo peor de todo, y lo que más pena le daba, es que ya no se acordaba como era el azul del mar.

Se puso muy triste y comenzó a llorar.

-Seguro que la culpa de todo la tengo yo.... Los colores se han ido por mí....

Carlos lloraba y lloraba, pero con eso no iba a solucionar nada. Tenía que arreglarlo, pero no sabía cómo hacerlo.

Pasaron las semanas y todo el mundo en la ciudad estaba triste. Nadie sonreía, y como mucho se daban los buenos días.

Pero por si fuera poco, a Carlos, que le encantaba ir al colegio, dejó de gustarle. Las clases eran aburridísimas, los libros eran hojas blancas llenas de letras, los bolígrafos no pintaban y en la pizarra tampoco se podía escribir. Su señorita llegaba, explicaba la lección, y encima los exámenes ...eran de palabra.... ¡Vaya tostón!

Aún así, no dejó de ir a la playa todos los días. Sus padres ya no le castigaban, porque como no había nada que pintar, ya no llevaba notas de la profesora a casa.

Un día, mientras estaba en la playa, vió a lo lejos algo que se movía hacia él. Al principio era una como una sombra, pero cuanto se acercó a él, Carlos se dió cuenta que era un viejecillo con un sombrero a rayas, gafas de sol, pantalones cortos y una camisa de flores. Carlos abrió todo lo que pudo los ojos... no podía creer lo que estaba viendo. El viejecillo no estaba en blanco y negro. Estaba lleno de colores... Los tenía todos: rosa, naranja, amarillo, verde azul, violeta. Se levantó corriendo y fue hacia él.

-Señor, señor... ¿Dónde ha encontrado todos estos colores?

-Pero, chaval,. ¿de dónde sales?. Los colores no se encuentran, porque no se pierden.

-¡Cómo que no!. ¿Acaso no se ha dado cuenta que aquí todo es blanco y negro?.

-Creo muchacho, que te ha dado demasiado el sol. Yo no veo que aquí las cosas sean distintas a las de otros sitios.

-Que sí... que sí... fíjese bien.

-Mira, creo que lo mejor que puedes hacer, es ir a casa a descansar .No es bueno tomar tanto tiempo el sol.

Y sin decirle nada más se fue alejando moviendo la mano.

Carlos se quedó mirándole y pensando que tal vez, si hubiera seguido hablando con él un rato más, le hubiera podido ayudar a encontrar los colores. Pero el viejecillo ya había desaparecido a lo lejos, y Carlos estaba seguro de que había perdido la oportunidad de su vida para arreglarlo todo. Fue a coger la bici, y vio en el suelo un paquete, envuelto en papel de periódico. Lo abrió y no podía creer lo que había dentro.... ¡una caja de madera con un montón de pinturas, cada una de un color!

Por un momento se quedó pensando, echó una sonrisilla, cogió la bicicleta y se puso a pedalear como un loco hasta llegar a casa. Subió corriendo a su habitación, sacó un paquete de hojas en blanco y comenzó a dibujar todo lo que se le ocurría. Cuando se cansó empezó a pintar los dibujos que había hecho y vio como según lo iba haciendo, volvían los colores a su sitio: el rojo al tejado, el azul al cielo, el verde a los árboles.... ¡Todo tenía color!

Los semáforos funcionaban, la gente estaba loca de alegría. Todos estaban contentos... pero Carlos pensaba en su playa. Cogió otra vez la bici y fue hasta allí. Su mar había recuperado el color. Era el azul más bonito del mundo.

Carlos volvió a casa encantado de la vida. Ya todo volvería a ser como antes. Bueno, todo no, porque desde ese momento se prometió que jamás volvería a

llevar a sus padres una nota de la profesora por no pintar. Cogió la caja de madera con las pinturas, la metió en su cartera y no volvieron a salir de allí nunca más.

DAVID VILLA 7